

más de un millón de hectáreas, se encuentra la "Cerro de Pasco Corporation", una de las empresas mineras más poderosas del mundo.

—¿Qué relación existe entre la oligarquía peruana, el capital multinacional y las Fuerzas Armadas?

—Es una relación bien conocida, escasamente original, propia de los pueblos colonizados y oprimidos de cualquier lugar de la Tierra. El sistema estaba sostenido por las Fuerzas Armadas peruanas, cuyos generales estaban vinculados, en algunos casos, a la propiedad de las grandes haciendas. En la época del Gobierno de Prado, muchos ministros eran los dueños de hasta nueve haciendas. Este es el sistema contra el cual se va a dar lo que yo llamo la epopeya de la lucha campesina en Pasco, que, de no haber escrito los libros, se hubiera quedado en el anonimato absoluto. Como tantas otras.

—¿Cómo entras en contacto con la lucha campesina?

—En mil novecientos sesenta, un grupo muy pequeño de intelectuales y de estudiantes funda un movimiento de defensa de las comunidades, que se llama Movimiento Comunal del Perú, cuyo objetivo es tratar de romper el silencio y la indiferencia sobre el genocidio constante. Yo me incorporo a este Movimiento y me convierto después en su secretario general. En ese momento, los campesinos de Pasco vienen a Lima para pedirnos que nos unamos a ellos en el terreno de la lucha. De este modo, en mil novecientos sesenta, llego a Cerro de Pasco.

—Hasta entonces tú habías escrito poesía. Y resulta evidente que la lucha de Cerro de Pasco cambió tu trayectoria de escritor.

—Viví en Pasco la experiencia terrible del genocidio perpetrado a mansalva: pueblos quemados, ejecuciones sumarias, crímenes espantosos. Y el silencio absoluto de los periódicos sobre estas atrocidades, que el Movimiento Comunal intenta romper con comunicados pagados, hasta que ningún periódico admite los comunicados y la rebelión es aplastada. Yo era uno de los pocos testigos alfabetos, capaces de dar fe de lo sucedido. Al lado de la infamia había visto la grandeza, al lado de lo grotesco surgía la tragedia, y, sobre todo, encontré

La muerte de Navascués

La trágica desaparición de José María Navascués, uno de los más destacados escultores españoles contemporáneos, llega en un momento de triunfo artístico. Su obra (en la que el tratamiento de las materias conlleva la invención de objetos cotidianos que "relevarían —según él mismo— al objeto de arte. Pero ironizando en las dos direcciones. Mis objetos son ambas cosas, sin ser una de ellas enteramente. Tienen algo de mueble burgués de los que dan prestigio, de ahí su preciosismo, pero son muebles completamente inútiles. Su funcionalidad es estética y, sobre todo, crítica. Son objetos que sirven para triturar el sentido") había sido seleccionada con la de otros importantes artistas españoles para participar en la próxima Bienal de San Pablo (Brasil). Nació en Madrid, tenía cuarenta y cinco años, y había vivido durante largas temporadas en Asturias, región en la que acaba de morir. Sus inicios fueron en la pintura, como expresionista abstracto, pero más tarde comenzó a buscar en la escultura el desarrollo de algunas de sus preocupaciones estéticas. Su prematura muerte ha truncado una trayectoria brillante y rigurosa. Que no sea pretexto para las planide-ras profesionales. ■ M. R. B.



personajes absolutamente excepcionales, muchos de los cuales vivían en épocas sobrepasadas; hombres de mentalidad mítica, fascinante: Héctor Chacón, "El Nictálope"; Fermín Espinosa, personaje histórico y real de Garabombo, el invisible; Raimundo Herrera, "El jinete insomne"; el insigne Agapito Robles, que continúa siendo vecino del pueblo de Yanacocha; Genaro Ledesma, protagonista de La tumba del relámpago, a quien los avatares de la vida política le han llevado a ser candidato de la izquierda peruana a las elecciones presidenciales de mil novecientos ochenta. Y una muchedumbre de hombres y mujeres, que son, justamente, habitantes de mis libros.

—¿Qué haces, en concreto, en Cerro de Pasco?

—Me incorporo al equipo de Genaro Ledesma, quien me encarga diversos trabajos: organizo una gran manifestación de campesinos, que iba a ser la pri-

mera manifestación autorizada en la ciudad de Cerro de Pasco, o recorro las comunidades exhortando a los campesinos a que combatan unidos. Pero, sobre todo, lo que hago fundamentalmente en Pasco es mirar y oír, tener un conocimiento humano y directo de mis personajes, iniciar una relación con mis futuros protagonistas.

—¿Cuándo termina esa tarea?

—En mil novecientos sesenta y dos finaliza el movimiento de Pasco, con la victoria de los campesinos, que se quedaron en las tierras, hecho que supondría el fin del feudalismo agrario en el centro del Perú. Durante los años sesenta y tres y sesenta y cuatro regreso a los pueblos y recorro la zona, recogiendo y grabando testimonios, operación extraordinariamente delicada, porque Cerro de Pasco continuaba en estado de sitio y se habían aumentado las guarniciones militares. Como yo había sido procesado por ataque a las Fuerzas Armadas y arriesgaba pena de cárcel, salgo del Perú en mil novecientos sesenta y siete y me instalo en París. Allí he redactado en los diez últimos años el ciclo completo de "La guerra silenciosa", con varios regresos a mi país para documentarme en Cerro de Pasco.

Por primera vez interviene César Calvo en la conversación:

—He observado que en las entrevistas que se le han hecho a Manuel en Europa no se aborda una de las grandes vertientes de su novelística, acaso la esencial: el territorio del mito, que es el verdadero suelo sobre el que caminan los personajes y sus acontecimientos.

—A eso íbamos —le digo a César—. Pero nos ha parecido conveniente dibujar antes el marco sociopolítico que está en la base de la obra de Scorza. Quizá nos hemos extendido demasiado y la charla nos ha, salido mitinera.

—La construcción del bosque fantástico es completamente inconsciente —dice Manuel Scorza—; en muchos casos se trata del brotar de demonios emplumados de ángeles. Yo considero que hay un equívoco en la valoración tradicional de mi obra, porque la verdadera razón de mis novelas es la demencia, la verdadera lucidez es el olvido, la verdadera realidad son los sueños y las pesadillas de mis personajes. Creo que los mitos surgen en mí inconsciente, y hasta tal punto los he trabajado y me he familiarizado con ellos que en ocasiones me han llevado al borde de la locura.

—¿Hasta qué grado esa situación personal refleja el inconsciente colectivo?

—Lo refleja de manera absoluta y total. Yo siempre cito la investigación que el historiador holandés Zuidema efectuó en un pueblo de los Andes que se llama Ayacucho (en quechua, Rincón de Muertos), según la cual vino a demostrarse que los habitantes de ese lugar, a los que Zuidema había pedido que le contaran sus sueños, soñaban mitos. Esto es nuevo para los historiadores, pero los artistas lo saben desde siempre. Precisamente quería pedir a César que volviera a contar una cosa que nos ha dicho mientras tú llegabas.

—Lo que le he dicho a Manuel —me explica César Calvo— es que lo que él llama inconsciente personal está cosido al inconsciente americano, exactamente como en el caso de José María Arguedas. Recuerdo que después del primer intento de suicidio de Arguedas, yo lo busqué en su casa de Chiclayo y a lo largo de la conversación me atreví a pedirle que nos dijera qué podíamos hacer nosotros, sus amigos, para que él no volviera a intentar la muerte. Arguedas me sonrió, muy quieto, y dijo: "Tendrían que impedir la conquista, impedir el desembarco de los españoles. ¡Impidan la conquista!". Y me lo pedía a mí, cuatro siglos y medio más tarde de que ésta se produjera.

—Le he pedido a César que contara esa anécdota, que nunca